

RESEÑAS

Jerónimo de la HOZ REGULES, **Miguel Artigas. De la Biblioteca de Menéndez Pelayo a la dirección de la Biblioteca Nacional**, Madrid: Fundación Universitaria Española, 2017, 494 p., ISBN: 978-84-7392-881-6

El historiador santanderino Jerónimo de la Hoz Regules regala a la comunidad científica un libro totalmente necesario dedicado a Miguel Jerónimo Artigas Ferrando (Blesa, 1887-Madrid, 1947). Este extenso estudio –vertebrado en doce capítulos repletos de datos e informaciones útiles– desgrana el fructífero itinerario científico de su protagonista, reconoce su destacado papel a favor de la cultura española, proporciona las claves del contexto histórico, ideológico, intelectual y cultural de la España de los años veinte y treinta del siglo XX y, singularmente, destaca la influencia que el pensamiento de Marcelino Menéndez Pelayo ejerce precisamente durante estos años, esenciales para entender las etapas posteriores de la cultura española.

Se presenta con claridad expositiva la interesante personalidad de Artigas, a quien puede catalogarse como un hombre de su tiempo, dentro de la elite intelectual: filólogo de formación (discípulo de Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca), becado en Alemania por la Junta de Ampliación de Estudios, formado en el Centro de Estudios Históricos (dirigido por Ramón Menéndez Pidal), y por oposición facultativo del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. De modo que, sin temor alguno, por su alta preparación, modernidad,

inquietudes científicas y proyección europea, resulta objetivo considerarle un componente más de la Generación del 14. Esta integración explica la novedad de esta biografía, pues esta Generación es rica en facetas y plural, aunque la historiografía se haya detenido en personajes ligados a la Institución Libre de Enseñanza y a la órbita republicana, debiéndose incluir también dentro de ella –señala De la Hoz– a Ángel Herrera Oria, Eugenio D’Ors y Pedro Sainz Rodríguez.

Gran parte de esta completa investigación se ocupa en destacar el fecundo período de Artigas como director de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, que se inicia en 1915, lo que explica el subtítulo de este trabajo: “El intelectual que hizo de Santander una ciudad de cultura”. Así, se repasa detalladamente cómo afronta el doble reto de ordenar *ex novo* el legado de Menéndez Pelayo a su ciudad (más de 40.000 manuscritos y libros) y de intentar conservar su protagonismo, emprendiendo la difusión de su pensamiento y de su magna obra bibliográfica, pues se encarga de la edición de sus *Obras Completas*. Esta intensa actividad merece catalogarle como discípulo “póstumo” del polígrafo santanderino.

Artigas logra que su labor de dinamización cultural alcance una pro-

yección nacional, especialmente la asociada a la promoción del hispanismo que radica en torno a la Biblioteca santanderina: crea una escuela hispanista plural implicando a otros grandes intelectuales de la época, tanto a los de una línea tradicional –mayormente discípulos del polígrafo– como a los más críticos –afines al institucionalismo–. Asimismo, desde el seno de la Sociedad Menéndez Pelayo –fundada en 1918–, Artigas impulsa la edición del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* como instrumento para la proyección pública del eminente valor cultural que posee esta Biblioteca –“la Meca” del hispanismo–, quizá la mejor del momento y la más nutrida de carácter privado.

Destaca su colaboración con la Asociación de Amigos de Menéndez Pelayo, que busca redescubrir el magisterio del polígrafo como modelo ideológico imprescindible para España, con la finalidad de emprender una regeneración cultural enraizada en la tradición cultural hispana –entendida como nexo de unidad social–. Artigas intercambia correspondencia (una selección se incluye en un anexo final) con Herrera Oria –precisamente uno de los promotores de esa asociación y director de *El Debate*–, pues con regularidad publica artículos en este diario, el más influyente del primer tercio del siglo XX.

Esta monografía no olvida la importante faceta de Artigas como filólogo. Se analizan especialmente sus estudios sobre Luis de Góngora, que le valen la Medalla de Oro de la Real

Academia de la Lengua en 1925 (*Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*) y el Premio Nacional de Literatura en 1927 (este mismo año publica *Menéndez y Pelayo*, por lo que resulta significativa su capacidad para conciliar vanguardia y tradición). Este interés por el gongorismo le permite sintonizar con José María de Cossío y Gerardo Diego, quien llega a afirmar que gracias a él la vida de Góngora –inspirador de los poetas como él de la Generación del 27– “quedó por vez primera estudiada en un ambiente exacto y comprendido”.

Un hito importante de esta biografía es el “salto” de Artigas al asumir la dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid en 1930, donde permanece hasta su muerte. A todas luces este período amplifica todavía más la proyección nacional de su horizonte intelectual: no abandona su propósito de divulgar el pensamiento de Menéndez Pelayo, aborda con éxito y con el reconocimiento de todos los sectores ideológicos la modernización de la Nacional –baluarte de la cultura hispana–, académico de la Lengua desde 1933 y director general de Archivos y Bibliotecas desde 1940. Durante este período Miguel Artigas se consolida por derecho propio, tanto por su gestión como por su erudición, como una de las personas más influyentes del mundo cultural hispano de la época.

Finalmente, merece aplaudirse la apuesta editorial de la FUE por esta nueva aportación de Jerónimo de la Hoz, quien acertadamente rescata del

olvido para ejemplo de generaciones presentes y futuras a Miguel Artigas: sus investigaciones científicas, gestiones académicas y actuaciones públicas culturales recogen y aúnan lo mejor de la tradición y de la moder-

nidad, con espíritu liberal de acogida aunque convencido de que las raíces cristianas configuran la esencia de la nación española.

ALFREDO ALONSO GARCÍA

MORATHA, **La batalla de Villar de los Navarros (Acción de Herrera)**, Zaragoza: Ayuntamientos de Villar de los Navarros y Herrera de los Navarros, 2018, 67 p.

Mucho más que un cómic, *La batalla de Villar de los Navarros*, obra dibujada y escrita por el historietista aragonés Moratha (Antonio José Morata), nace como una publicación destinada a ocupar un importante lugar en la bibliografía de la Historia contemporánea de España. Y no solo porque aborda con rigor histórico un importante episodio de las Guerras Carlistas, sino también por su afán didáctico y divulgativo, pensado para satisfacer los gustos de todos los públicos, muy especialmente niños y jóvenes en edad escolar.

Este cómic desarrolla uno de los episodios de armas más trascendentales que acontecieron durante la Primera Guerra Carlista: “la batalla de Villar de los Navarros” (también conocida en los libros de historia como “Acción de Herrera”), acontecida el 24 de agosto de 1837 a los pies del imponente Santuario de la Virgen de Herrera, en los términos municipales de las dos localidades zaragozanas antes citadas (Villar de los Navarros y Herrera de los Navarros). Una batalla que fue presenciada por el propio Don Carlos, desde una colina próxima, cuyas tropas

estuvieron dirigidas por el Infante Don Sebastián Gabriel y el general González Moreno, ascendido por el Pretendiente a capitán general tras la victoria obtenida en aquella batalla. Por el lado del derrotado ejército cristino, combatieron en la batalla de Villar de los Navarros las tropas de la División del brigadier José Clemente Buerens, la cual quedó totalmente destrozada al final de las siete horas que duraron los combates. De los cerca de 14.000 soldados que lucharon en la batalla, 8.000 estuvieron a las órdenes del derrotado brigadier Buerens, y a pesar de estar los carlistas en inferioridad numérica, lograron una tan inesperada como trascendental victoria.

Y es que aquel triunfo permitió a Don Carlos culminar con éxito la Expedición Real (la cual había comenzado en su Cuartel Real de Estella el 15 de mayo de 1837) y continuar sin apenas obstáculos de tropas enemigas, hacia Madrid, a cuyas puertas llegó con sus ejércitos el 12 de septiembre (menos de tres semanas después de transcurrida la batalla de Villar de los Navarros) y con muchas